

El enigma desvelado

JUAN M^a GARCÍA OTERO*

En el *Anuario Brigantino* de 1951 (el 3^o) aparecía en las primeras páginas del mismo un pequeño trabajo sobre la imagen de «UNA VIEJA SEÑORA BRIGANTINA» (en palabras del autor del texto, José Barbeito Ramos), en el que, sin desvelar el nombre de dicha anciana, éste le dedicaba todo un amplio repertorio de floridas frases entre las que destacaba: «**la paz y el sosiego en la sedente figura de la senecta betanceira**».

Al mismo tiempo se preguntaba el autor del texto, quién era aquella anciana cuyo retrato le había causado tanta admiración, y que el había encontrado entre sus papeles a modo de postal, de esas que uno se encuentra sin tener clara su procedencia. Sesenta y tres años después de la publicación de aquel Anuario desvelamos la incógnita de aquella bella señora betanceira.

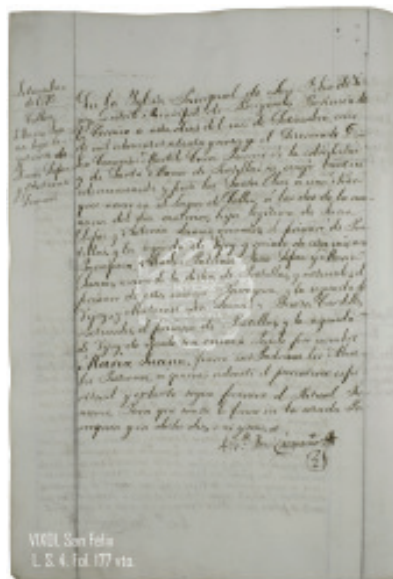
Como podemos apreciar por el texto del autor, así como por la posterior investigación que hemos hecho del mismo, podemos decir de José Barbeito Ramos que fue un ensayista consumado, al tiempo que un afamado colaborador de periódicos y otras publicaciones culturales. Era natural de A Coruña y, sin la menor duda, amigo de Alvaro Cebreiro, puesto que una caricatura hecha por este autor de José Barbeito figura en el Museo de Bellas Artes de A Coruña, ciudad en donde falleció hacia 1960. Según la *Gran Enciclopedia Gallega*, edición de 1974 en su tomo 3, pág. 81, puede leerse lo siguiente de este personaje:

Ensayista agudo, escribió numerosos artículos en periódicos y revistas de Galicia y Cataluña, firmando con su propio nombre y con el seudónimo de *Dedalus* (sacado de una obra de Joyce). Muy relacionado con los artistas y escritores de vanguardia de los años veinte y treinta, fue uno de sus más sagaces intérpretes. Lorca le dedicó un soneto que se publicó en la revista *Héroe* dirigida por Altolaguirre.

Desvelando el enigma

Bueno, pues resulta que aquella anciana de «**mirada vigilante, hecha a lo humano con apacibilidad y templanza dulce que también mostraba cierta tensión muscular que acentuaba la provisionalidad de su postura**» (en palabras de José Barbeito Ramos), se llamaba **María Juana López Lamas** y era natural de la comarca de Betanzos, en la entidad de población de Callou, en donde nació y murió en la casa señalada con el número 18 (actual n^o 3) perteneciente al lugar de Vixoi, en la parroquia de San Fiz del ayuntamiento de Bergondo. **María Juana** nació en la madrugada del día 7 de septiembre del año 1875 a las dos de la mañana del día anterior, y fue la primera hija de Juan López Suárez y de Antonia Lamas Cardelle (tuvieron cuatro hijos más), él oriundo de Pontellas y ella de Vijoy y ambos residentes en la casa del citado número 18 de Callou. Fue bautizada el mismo día 7 en la parroquia de San Fiz de Vixoi. Sus abuelos paternos eran Juan López y María Suárez, ambos vecinos de Pontellas, y los maternos José Lamas y Benita Cardelle, naturales, él de Pontellas y ella de Vixoi de donde ambos eran vecinos. Fueron padrinos de María Juana

* **Juan M^a García Otero** ha estado ligado durante muchos años a distintas empresas de restauración del Patrimonio y fue creador y director de las revistas *R&R* y *Restauro*.



Acta de bautismo de María Juana.

sus abuelos paternos. El señor cura que administró los sacramentos y que hizo la oportuna inscripción en el libro de nacimientos se llamaba don José Caamaño Martelo y era a la sazón también párroco de Santa María de Pontellas.

El principal misterio de aquella «vieja señora brigantina» ya ha sido desvelado, pero sin la menor duda cuando el autor de aquellas glosas escritas en el Anuario de 1951 se preguntaba «**por los avatares de la vida de aquella campesina humilde que reflejaba apacibilidad y templanza**», también estaba queriendo profundizar en el alma, no ya de la anciana, que también, sino en la de todo un pueblo, el gallego.

Adentrándonos por esos vericuetos, podemos decir, con conocimiento de causa, que María Juana nació (7-9-1875) y murió (28-9-1952) en el mismo lugar, la casa que sus padres llevaban en arriendo junto con unos doscientos ferrados de las tierras que a la sazón eran propiedad de doña María Blanca de las Nieves Quiroga y Pardo Bazán (la hija de doña Emilia Pardo Bazán) y, del mismo modo, que a la edad de

veintitrés años se casó con Francisco Gómez Gándara y que de este feliz matrimonio tuvieron trece hijos, de los cuales uno murió muy joven; sus nombres fueron: Juana, Carmen, Asunción, María, Antonio, Manuel, Francisco, Mercedes, Consuelo, Manuela, José Antonio y Lourdes. Así mismo, que estos hijos le dieron veinticuatro nietos, de los que ayudó a criar a cinco en su propia casa, casa que hoy, seis generaciones después, pertenece a sus descendientes.

Esto podría ser el compendio abreviado de toda la vida de María Juana López Lamas, incluso del sonido apagado de sus sueños rotos, si no supiéramos, a través de quien la conoció y sintió, su proximidad. Esta mujer gallega poseía el verdadero talante de una auténtica matriarca que ejerció de tal, con abnegación, esfuerzo, fe y una dosis extrema de sacrificio y amor hacia los suyos. María, como era conocida por todos, rezumaba una paz interna que quedaba reflejada en su modo de ser y en su carácter. Me cuenta su nieta Lourdes que el recuerdo de su abuela le trae a la memoria evocaciones de un tiempo feliz en el que gran parte de los sacrificios de entonces se transformaban en un apacible sentir y donde la felicidad, que en ocasiones podía rondar ciertos márgenes, era una forma de ser y de vivir que hoy echa en falta.

Sin entrar en reflexiones más profundas, es muy triste pensar que la única herencia que dejemos sea el vacío. El ser humano atraviesa su existencia anhelando de alguna forma dejar su marca de cantero, o quien sabe si una pretendida inmortalidad, bien con obras faraónicas, versos o prosas inmortales, o toda una serie de supuestas obras de arte que son admiradas con mayor o menor éxito por una gran parte de la humanidad. María Juana López Lamas sólo pudo dejar una amplia descendencia y un mensaje de serena templanza lleno de paz y amor infinito que alguien ajeno a ella supo apreciar a través de una postal en blanco y negro. Por eso, sus descendientes hoy han querido desvelar una parte de su yo más íntimo, en la firme creencia de que también supo soñar, sufrir y amar, al tiempo de que toda ella fue una prueba inequívoca de amor hacia los suyos, frente al cinismo que es la enfermedad del mundo.

ANTE EL RETRATO DE UNA VIEJA SEÑORA BRIGANTINA



¿Quién es esta anciana, cuyo retrato encuentro entre mis papeles? ¿Qué alegrías se le fueron con la fuga raptora de los días y los años? ¿Cuáles han sido sus trabajos y sus anhelos? ¿Cuál su íntimo estilo de vida? ¿Qué penas y melancolías la conturban? Sólo sabemos de ella que nació y pasa su existencia en la espléndida comarca brigantina; pero el retrato esquiva toda alusión a lo individual y concreto. Desconocemos su anécdota; mas por esto, cabalmente, nos dice muchas cosas esenciales. Sin más que celar su personalidad y los avatares de su vida humilde, la campesina, ignorante de ello, como de la estética de su huerto en flor, nos ingresa en el mundo de lo esencial y arquetípico.

Todo es paz y sosiego en la sedente figura de la senecta «betanceira». Refleja la apacibilidad y templanza de su idílica comarca donde la uva es agraz y pródiga la huerta; donde la virgiliana yunta nos habla del gozo del trabajo, calmo, dulce y constante; donde las pasiones laten con tranquilo, pero firme pulso vegetal; donde, en fin, la fugitiva alegría es menos exaltada y más persistente.

El agro brigantino parece gritar como Goethe: «primero, durar». La vida se renueva allí sin prisas, sin exultantes estallidos, pero sin pausas. Todo es próximo; todo está al alcance de la mano—la era, la huerta, la fuente llena de húmedas resonancias, el molino, el río—. La vieja se irá pasito a rodrigar sus vides, a mirar sus flores, a cebar sus marraños, a cuidar sus gallinas. Por eso su actitud no denuncia el reposo habitual, el renunciamiento a toda acción, sino la tregua en los afanes

cotidianos. Lo denota su mirada vigilante, hecha a lo humano, a lo concreto, a los primeros términos. Lo proclama, asimismo, cierta tensión muscular que acentúa la provisionalidad de su postura.

Hay tierras y climas duros, aspérrimos, que gastan presto la mocedad y condenan a los viejos a la más cruel de las inactividades. Así la llanura castellana; así la serranía y la montaña. Pero en la florida y ubérrima comarca brigantina el hombre vive en placentera simbiosis con su contorno. La naturaleza es profundamente humana, las cosas nos brindan la dicha de su accesibilidad y su cercanía. ¡Betanzos, tierra dulce, tierra pródiga; tierra para todas las edades! (Tierra para el esfuerzo del mozo y el pulso desmayado del anciano)

JOSÉ BARBEITO RAMOS

(Foto Blanco.)



*María Juana López Lamas, su esposo Francisco Gómez Gándara
y su nieta Lourdes Fernández Gómez.*